

JUAN LUIS CORDERO

25

11

— VIDA —
— Y —
ENSUEÑO



— CÁCERES —
Tip. LA MINERVA
de Serafín Rodas
— Plaza Mayor, 41 —

12470

Tit. 58175

Cod. 1071693

11701

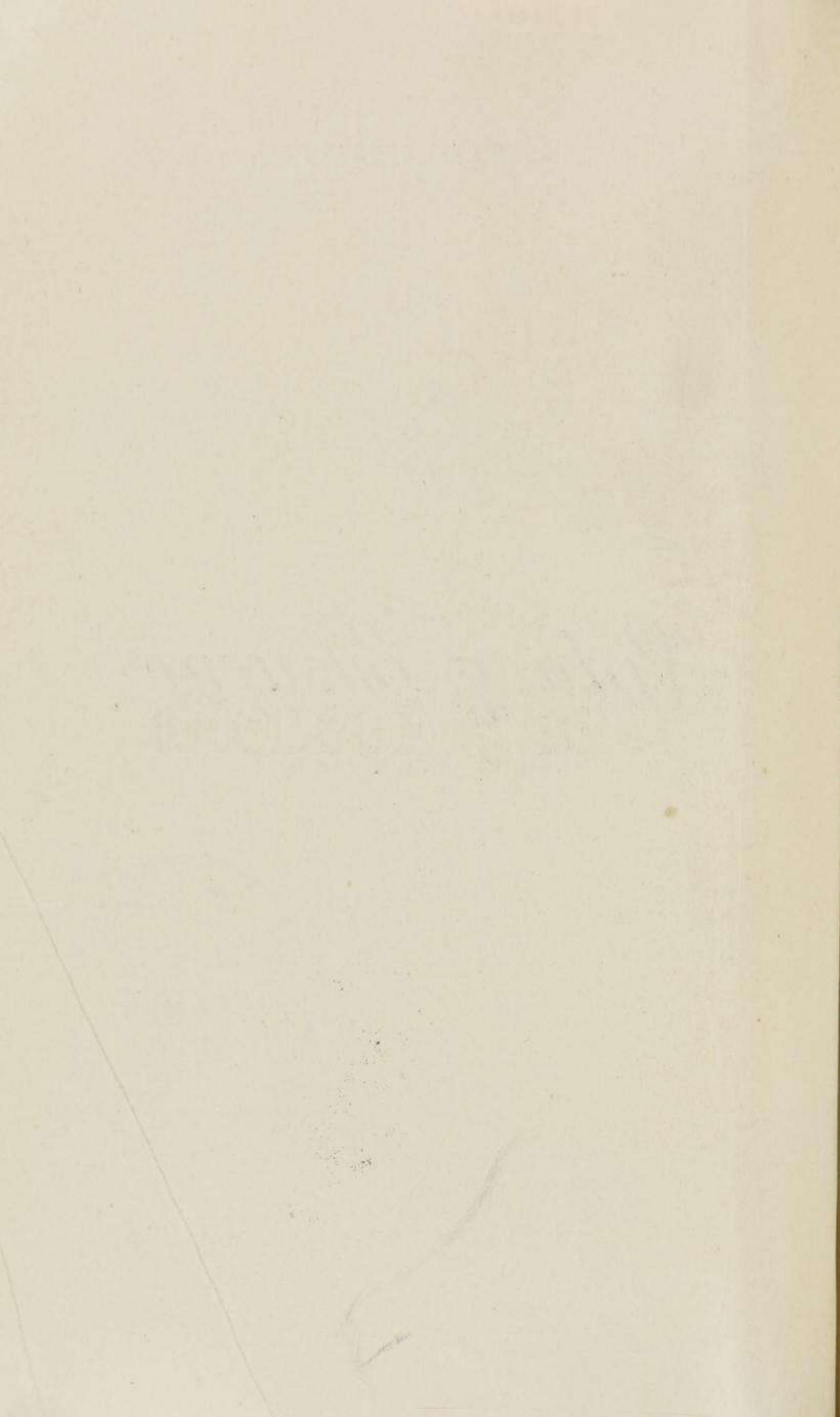
JUAN LUIS CORDERO

S2
12470

Vida y Ensueño

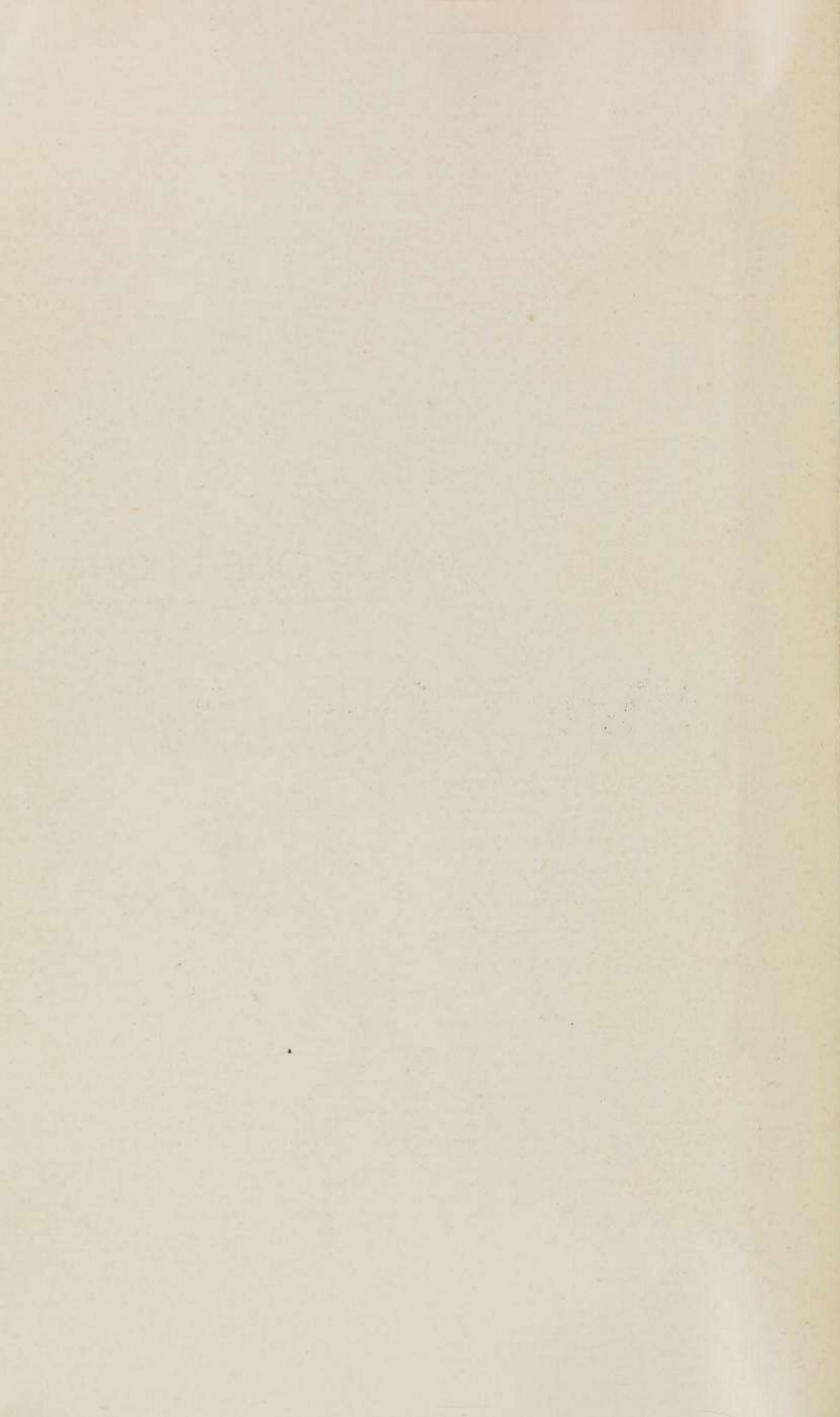
(LIBRO SIN PRÓLOGO)





Vida y Ensueño

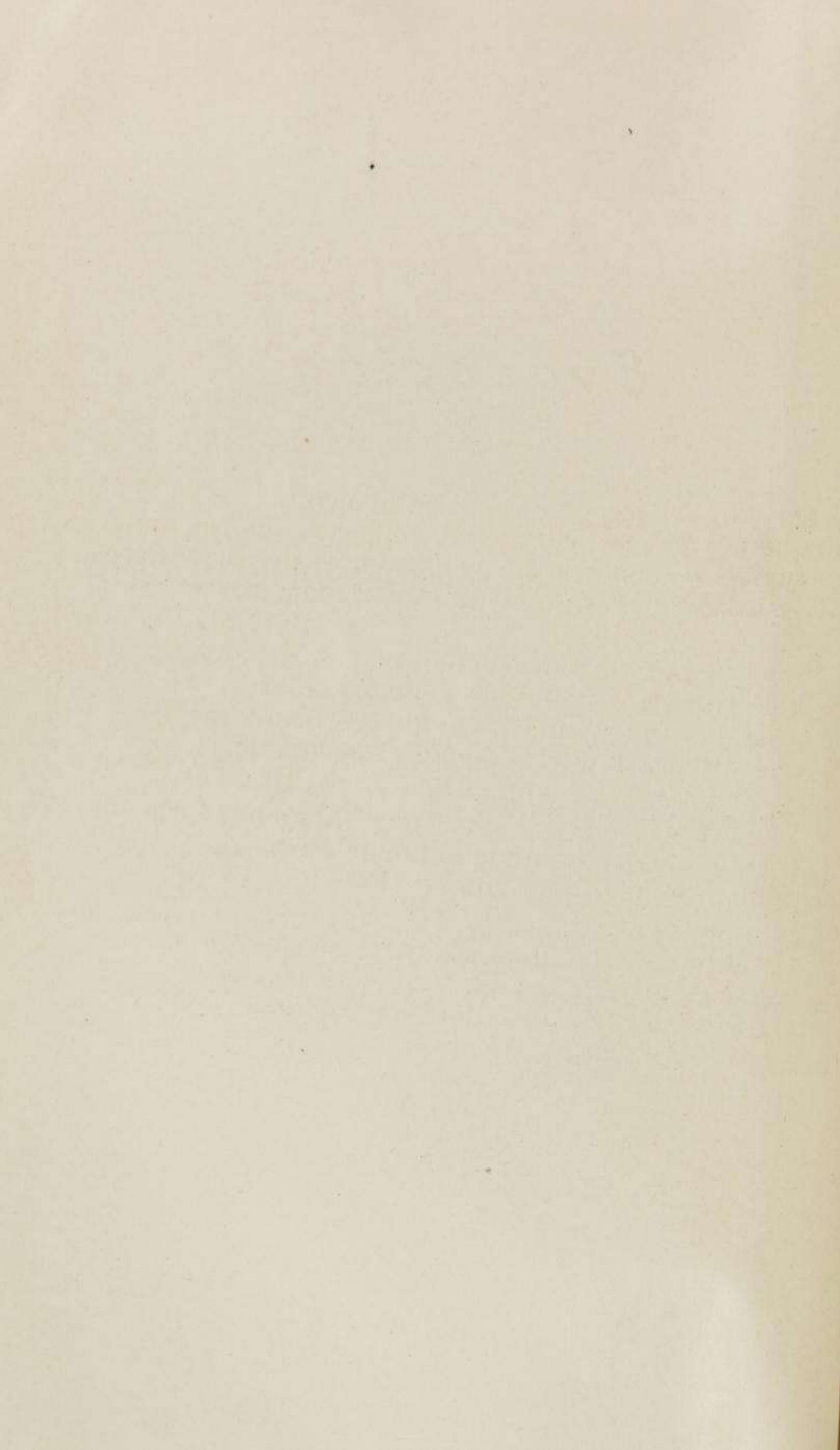




I

AMOR QUE LLORA

A Federico Reaño, soldado
pundonoroso, literato exce-
lente y hombre en quien la
caballerosidad eclipsa á to-
das las demás virtudes. ❧



Ευοcación

Ha sido el hada pálida de la Melancolía
la que me trajo el hálito de los muertos amores,
de aquellos sueños mágicos que, entre palmas y flores,
en su edad verde y álgida gozara el alma mía.

Y fué un surgir glorioso de luz y de armonía
el que calmó de súbito mis cruentos dolores,
nimbando con vivísimos cegantes resplandores
el obscuro antro tétrico donde ya sucumbía.

Y una voz dulce y mística como salmo de gloria,
evocando el encanto de la extinguida historia
escuché que me dijo cariñosa: «Poeta:

En el templo del alma, los recuerdos queridos,
tienen castos perfumes y armoniosos sonidos
que del estro poético son la clave secreta.

Preludios

I

¡Qué triste es en lo pleno de la vida
ver abatidas nuestras ilusiones
y contemplarse con el alma herida
al zarpazo brutal de las pasiones.

¡Cuán grande es el dolor del peregrino
que echó por una senda ilusionado
y se encuentra al principio del camino,
roto el sayal, hambriento y extenuado...

¡Cuán grande es el dolor del fiel creyente
que imaginó ser Dios omnipotente
lo que era sólo un ídolo insensible,

Y vió con hondo desaliento un día
rota su fe, deshecha su alegría.
y el afán de su sueños, imposible.

II

Así me encuentro ya. Mis ilusiones
fueron cual flores que abatió la suerte
y en el recinto de mi pecho inerte
agonizan mis nobles ambiciones.

JUAN LUIS CORDERO

Los que creí jardines, son eriales
donde una noche eterna tiende el velo
de sus tinieblas frías y fatales,
llenando el corazón de desconsuelo.

Ya contemplo entre el polvo mi quimera
y oigo una voz medrosa y agorera
que me grita: «¡Detente, pobre loco!».

Pero una débil tímida esperanza
me dice sin cesar: «Avanza, avanza...
¡Quien sufre vive, y tú has sufrido poco!»

III

Y voy, entristecido y vacilante,
haciendo mi camino, torpemente.
Sigue una voz gritándome: «Detente»
y la otra voz diciéndome: «Adelante»

En negros pensamientos me ensimismo...
Retroceder intento, y con pavora,
contemplo á mis espaldas un abismo
de insondable y fatídica negrura.

Y en medio de las sombras espectrales
bailan macabras danzas infernales
en báquica legión, seres extraños...

Que ora entonan letales salmodías,
ora punzan con crueles ironías
la herida de mis tristes desengaños.

IV

¡Pobre vida que va sola y sin rumbo!...
¡Pobre nave que vaga sin piloto,

AMOR QUE LLORA

perdida en el revuelto mar del mundo
á estrellarse tal vez en algo ignoto!

¡Juventud sin amor, alma que llora
sin encontrar para su afán consuelo!
¿Será posible que jamás la aurora
de una nueva ilusión nimbe tu cielo?

¡Gentil Amada de mi edad primera:
ya huyó de mi jardín la primavera
y en sus frondas hirsutas ya no hay flores...

El ruiseñor canoro huyó á otros climas...
¡De mi laud, las destempladas rimas,
ya no arpegian la dicha y los amores!

Rimas

I

Bajo la parra te conté la historia
del pastor y la hermosa princesita.

Y era en la noche breve,
era en la noche tibia,
aquella noble historia milenaria
una canción conmovedora y linda.

A la luz de la luna
te contemplé callada y conmovida,
como si fueras tú la blanca virgen
de la conseja extinta.

Trémula me dijiste:
«¡Qué historia tan bonita!»
Y tu mimosa voz sonó en mi oído
con temblor de caricia...

Y al rodear tu talle con mi brazo,
sobre mi hombro quedaste adormecida
y el suspiro profundo que exhalaste
lo recogió mi boca con delicia,

AMOR QUE LLORA

II

Hubo un momento en que, tras larga ausencia,
de tí dudaba yo
y aquella amiga tuya
fué el ángel tutelar de nuestro amor.

Ella fué quien me dijo:
«Tuyo es su corazón:
podrá el Destino amontonar cadenas,
murallas levantar ante los dos,
pero borrar tu imagen de su alma
podrá... tan sólo Dios.

¡Bendita sea! Dios le pague en dichas
todo el bien que me dió.

III

¡Tiempo fugaz de nuestro santo idilio,
tiempo feliz de nuestro amor en calma,
en estas horas tristes de mi exilio,
con qué dulce pesar te evoca mi alma!

¡Santa imagen dichosa
de aquel tiempo inocente!
¡ven á posar, piadosa,
tu mano blanca en mi abrazada frente.

IV

Enigma indescifrable
son tus ojos, Amada.

JUAN LUIS CORDERO

Ellos tienen de todos los abismos
la lobreguez nefasta,
resplandores de aurora,
refulgencias de ágata,
cambiantes de genmas diamantinas
que deslumbran, que ciegan, que arrebatan...

Son tus ojos dos lámparas votivas
que iluminan el templo de mi alma
y son también hogueras de un infierno,
antro dantesco en que mi ser se abrasa.

¡Ojos de luz y sombra!
Dios y Luzbel en vuestro centro fraguan,
el uno las bondades infinitas
y el otro las eternas asechanzas.

¡Ojos sabios, videntes del delirio
de mis fiebres románticas,
¡cuántas veces, en medio de mis duelos,
encendísteis la luz de mi esperanza!
¡cuántas veces matásteis mi alegría!
¡cuántas hicísteis de mis risas, lágrimas!

V

Peregrino de amor, voy por la vida
persiguiendo tu huella
y más lejos te miro
cuando, animoso, te soñé más cerca.

El camino que sigo es un desierto
y, como del Sahara en las arenas,
espejismos traidores alucinan
mis retinas sangrientas.

AMOR QUE LLORA

¡Señor de los que sufren!
¡Muéstrame pronto la ignorada senda
que me lleve al oasis,
en que habita mi amada compañera.

VI

Era el sueño dorado de mi espíritu
ser tu esclavo y tu dueño,
vivir por tí y amarte eternamente
con cariño supremo,
morar contigo en un rincón alegre
lleno de sol y de alegría lleno,
de la alegría de tu amor sencillo
y de la fe de mi cariño ingenuo.

¡Sueños de oro y de rosa,
sueños azules como el mismo cielo
de los días de Mayo;
ya sóis en el recinto de mi pecho
puntos de luz que surgen vacilantes
en la lóbrega noche de mi éxodo.

Silvas

I

¿Te acuerdas, mi adorada?
Era una tarde plácida y serena,
era una hermosa tarde perfumada,
era una tarde de Abril, amena.
¡Oh, las tardes reidoras
de aquellas primaveras extinguidas!
¡Oh, el encanto feliz de aquellas horas
que alegraron, fugaces, nuestras vidas!
Fué junto á aquella cruz de aquel camino...
Dios quiso que allí fuera
por marcarlo con tinta duradera
en el libro fatal de mi destino.
Se iba ocultando el sol y se escuchaba
el himno que los pájaros cantores
y la creación entera, consagraba
al divino Señor de los señores;
canción fuerte y grandiosa,
pródiga en armonía,
llena de dulcedumbre deleitosa,
saturada de azul melancolía.
Era la santa hora
que dice al alma la intuición secreta
de un algo que se ignora,
de algo desconocido que se adora...
hora sabia de ensueños de poeta.

AMOR QUE LLORA

Frente á nosotros, el azul paisaje
mostraba su grandeza brava y mu/la
su grandeza salvaje,
elocuente, gigante, intensa, ruda...
Los campos ondulados,
tablares de verdura,
los blancos caseríos, los cercados
de olivos y de vides esmaltados,
cargados de follaje y galanura;
las huertas que bordean
las márgenes del río
y que el mirar recrean
ante el contraste del alcor bravío;
la gloriosa y feraz Naturaleza
cubierta de primores,
llena de gentileza,
de luz y de colores,
de aromas y belleza,
de dulzura, de paz, dicha y amores...
¡Oh, qué tarde! ¿Te acuerdas, reina mía?
La luz del sol poniente te nimbaba
y tu contorno, mágico, tomaba
divina forma, en el fulgor del día.
¡Cuán hermosa eras tú, bien adorado!
Rendidos á tu encanto mis antojos,
te contemplé extasiado,
sin voz mis labios y húmedos mis ojos,
y por tu gracia excelsa hipnotizado,
quise abrazarte... ¡y me postré de hinojos!
En la casta embriaguez de aquel instante,
fija en la tuya mi mirada amante,
te pinté con calor mi amor sincero...
Yo te vi palpitante y conmovida
y te sentí decir estremecida,
con voz trémula y cálida: ¡Te quiero!

JUAN LUIS CORDERO

Memorias de mi ayer dichoso y santo,
recuerdos bendecidos, yo os adoro
y al pensar que ya es muerto vuestro encanto
en mi impotencia me estremezco y lloro,
Volásteis para siempre... ¡triste suerte!
y á solas me dejásteis con mis penas...
campo estéril tornando mi alma fuerte
y apagando la lava de mis venas.

II

¿Te acuerdas, mi adorada?
La hora del crepúsculo ya era,
una franja dorada
semejando una fúlgida cimera
cubría la escarpada
altura prolongada
de la parda y abrupta cordillera.
Resonaban los élitros cantores
y vibraban las coplas campesinas,
con ecos tembladores,
vagos... inspiradores
de amorosas historias peregrinas.
¡Oh, mi virgen morena!
en la quietud amena
de aquel feliz momento.
—Seré tuya ó de nadie—me dijiste
y la diestra extendiste
en señal de solemne juramento.
—Y tú ¿me olvidarás? invariable,
has de ser á mi amor cual hoy te veo.
—Mi amor será inmutable,
te contesté ¡lo juro!
¡Cree en mi querer como en el tuyo creo!
¡Que me maldiga Dios si soy perjuro!—

AMOR QUE LLORA

Resonó la campana,
expandiendo el vibrar de sus metales
por la oquedad lejana,
y hubo un surgir de sombras espectrales
en la campiña hermosa,
y hubo una majestad ruda y grandiosa
en el batir del bronce, que entonaba
la canción misteriosa
que á la región ignota se elevaba,
—*El ángelus*—mi labio estremecido
acertó á balbucir—¡lo quiere el cielo!—
te dije conmovido.
—¡Es la sanción de nuestro mutuo anhelo!
¡consagración de mi ensoñar querido!

III

Se acababa la luz, anochecía;
del expirante día
sólo quedaba allá en el occidente
un claror indeciso, que se hundía
cabe el ancho horizonte, lentamente.
¿No lo recuerdas? ¿Dí, mi bien amado?
Había un no sé qué de hondo misterio
en el campo callado,
una muda quietud de cementerio.
Te vi temblar como rosal frondoso
que al embate del viento doblegara
su tesoro galano y oloroso,
y de tu linda cara
huyó el granate de encendida rosa
y toda ruborosa,
con eco blando y quedo,
con voz dulce y mimosa
me dijiste al oído:—¡Tengo miedo!—

JUAN LUIS CORDERO

Después, estremecida
como paloma herida,
te acogistes á mí buscando abrigo
y al estrecharte casta y dulcemente
te respondí vehemente:
—¿Qué tienes que temer si estoy contigo?—

IV

Era la noche; al pie de tu ventana
—sitio encantado de mi bien sedeno—
te contaba el ensueño
grato y reidor de mi ilusión galana.
La luna sus fulgores esparcía
sobre la muerta calle silenciosa,
y á su pálida luz me parecía
tu carita de diosa,
una azucena hermosa
que un hada jardinera plantaría.
Y en la noche de amor, como una queja
resonaba tu voz mística y suave
cual los ecos del clave
de un laud de romántica conseja.
Abrazado á tu reja
y absorto en la visión de tu hermosura
recé el rosario del amor bendito
y comulgué en el rito
de mi dulce y santísima locura.
—Por los despojos yertos
de mis hermanos muertos,
te juro mientras viva no olvidarte—
te dije con vehemencia.
—Siempre... ¡siempre he de amarte!
porque yo no concibo la existencia,
porque no sé vivir sin adorarte.

AMOR QUE LLORA

¡Lo juro por la vida de mi hermana,
bella rosa temprana
del hidalgo solar de mis mayores!
¡Te lo juro por todos mis amores!
¡Por la vida sagrada de mi padre,
por mi Dios, por mi patria, por la inquieta
fiebre de mis delirios de poeta!...
¡Por la memoria de mi santa madre!
Y, toda tú, pendiente
de mi palabra amante
dijiste suplicante,
ya poseida de mi ardor vehemente:
—Sigue... sigue por Dios, que un mudo encanto
en este pecho que te quiere tanto
va derramando celestial venero
que inunda de placer mi vida entera...
¡Yo no te sé querer de esa manera!
¡Yo no te sé decir más... ¡que te quiero!
Y en la paz, en la calma
de la noche silente,
en el misterio santo y atrayente
que habla el lenguaje de lo grande al alma,
sonó un leve chasquido,
algo como levísimo estallido
de una poma olorosa que se abriera,
de un capullo de rosa que estallara,
de una anónima nota que surgiera,
de un glóbulo de luz que se incendiara.
Era un beso, fué el beso pudoroso
del trovador romántico y sincero,
del amador constante y anheloso,
franco, noble, leal y caballero.
Era un beso, mejor, era conjuro
de entusiasmos divinos,
tan inocente y puro

JUAN LUIS CORDERO

que no manchó tus labios purpurinos.
¿Testigos? Dios, la noche, tu ventana,
la blanca y triste luna,
una virgen humana
y un pobre visionario sin fortuna.
Y el beso aquel fué nudo,
lazo de amor inmaterial y fuerte,
pacto solemne y mudo
que nos ata en la vida y en la muerte.

V

Han pasado seis años. Mi destino,
con zarpazos de fiera,
me quiere separar de tu camino,
pretende que te olvide sin que muera.
Y lo que es más aún, nos empeñamos
en engañar al mundo con cinismos...
en decirle que ya no nos amamos
y en nuestro loco empeño no pensamos
que ni al mundo ni á Dios los engañamos,
nos engañamos á nosotros mismos.
Porque tu frente loca
en tu alcoba delira,
porque la misma boca
que ante el mundo sostiene tal mentira,
cuando á solas te ves, en desvarío
pronuncia el nombre mío,
mientras tu pecho por mi amor suspira.
Y esos ojos que brillan retadores,
pregonando rencores,
van diciendo rencores embusteros,
que aunque miren osados y altaneros
pobres esclavos son de mis amores.

AMOR QUE LLORA

Y yo que también miento,
yo que loco también pregonó olvido,
viva tu imagen en el alma siento,
tengo también el corazón herido.
Y esta mi frente altiva
—fragua ardiente de engendros de locura—
aquí, en mi soledad, con amargura
se doblega y se abate pensativa.
Virgen de mis visiones de poeta,
perfumada violeta
del prado de mis días infantiles,
gentil princesa de mis sueños de oro,
hada de mis delirios ¡yo te adoro!
¡yo te idolatro, flor de mis pensilos!
¡Ay! ya nunca jamás podré así hablarte,
ya no podré contarte
esto que surge indemne de mis labios;
la torpe vanidad así lo ordena...
¡Yo no puedo romper esta cadena
que el vil orgullo motejó de agravios!
Pero vive latente en mi memoria
la peregrina historia
de aquellos días que por siempre huyeron,
y que si ya pasaron
en el alma raíces nos dejaron
que no pueden morir ¡que no murieron!
El juramento aquel á ambos nos ata
y eterno vivirá como ha brotado,
porque Dios nunca mata
lo que un querer de niño hizo sagrado.
Más allá de la tumba y á despecho
de vanidad ridícula é irrisoria,
en infierno ó en gloria
tú tendrás un altar cabe mi pecho,
un altar que eternice nuestra historia.

JUAN LUIS CORDERO

Y tú también, doquiera que camines
—aunque loca te obstines
en negarme con saña—
llevarás el recuerdo venturoso
de aquel tiempo dichoso.
Mi corazón lo dice... ¡y nunca engaña!



Nostalgias

Ya se murieron nuestros amores
nuestros amores ya se murieron,
ya se agostaron las blancas flores
que nuestras almas entretejieron.

No fué la sombra de tu desvío
la inmoladora de mi alegría,
la inmoladora del amor mío
fué, dulce Amada, mi cobardía.

Fui un cobarde, mas no te asombre.
La intensa fiebre de mi cariño
hizo en mi pecho dormir al hombre
porque soñara despierto el niño.

No fueran humo las ilusiones
ni las ternuras fueran agravios,
si el ígneo beso de mis pasiones
ardido hubiera sobre tus labios.

En los momentos de dulce olvido
prenderte pude con firmes lazos,
mas fuí tan necio que no he sabido
dejarte huella de mis abrazos.

Y por mi culpa, bella adorada,
te vas secando como esas flores
que no se esponjan en la alborada
con el rocío de los amores,

JUAN LUIS CORDERO

A ti te debo mis horas bellas.
A su recuerdo mi frente arde.
Doblar la dicha pude yo de ellas.
Hoy lo comprendo, mas hoy es tarde.

¡Pobre demente! Mis cobardías
quise extinguirlas entre placeres
y he ido dejando mis energías
entre los brazos de otras mujeres.

En el comienzo de mi camino
he visto rotas mis esperanzas,
tal que si fuera yo un peregrino
que va por campos sin lontananzas.

¡Oh, mi adorada diosa morena!
Me dió el destino castigos crueles
que tengo el alma, sensible, llena
del negro acíbar de amargas hieles.

Y de mi dicha rotos los lazos,
he visto al cabo de mil excesos
que no hay abrazos cual tus abrazos.
ni existen besos como tus besos.

Y en esta ruina de mi existencia
en que sucumben mis alegrías,
lloro y suspiro por mi inocencia
y echo de menos mis cobardías.

Las cobardías que amores fueron,
nobles amores que ya pasaron,
dulces delirios que sucumbieron,
flores del alma que se agostaron.

¿Símbolo?

Aquella cruz de piedra que está en aquel sendero,
cuántas veces, Amada, mis suspiros oyó.
Cuentan que en aquel sitio el puñal traicionero
de un cobarde asesino á un viandante mató.

Yo no sé qué leyenda de sangre y de terrores
evoca en mi sensorio el panorama aquél.
Allí vibró la kásida de mis santos amores
y allí la alevosía vertió veneno y hiel.

¡Dios mío!... ¡qué sospecha! Si fuera el alma mía
el viandante y tú fueras... Mi númen desvaría.
Arden fúnebres cirios en mi triste mansión.

¡Si fuera yo el viandante que expiró en el sendero!...
¡si fueran tus caricias el puñal traicionero
que en una noche aciaga le partió el corazón.

En este día de otoño...

Dolido el corazón, baja la frente
callada y lentamente
va el trovador haciendo su camino,
como si fuera un pobre peregrino
símbolo mudo del dolor silente.
¡Qué triste el campo está! Ya no hay verdores
que alegren la mirada
y la feraz pradera está tocada
del mismo tono gris que los alcores.
Ya las aves canoras
no entonan del amor himnos triunfales
y entre yermos eriales
rueda sin ruido el carro de las horas.
La frondosa arboleda
va perdiendo la pompa del follaje
y como una elegía mansa y queda
que suena intermitente entre el ramaje,
van las hojas cayendo
y un lecho amarillento van formando,
como ilusiones que se van muriendo
y del alma al caer caen llorando.
Todo está triste, mancha el claro cielo
algo así como un velo
que empañando su azul le da tristura
y siente el trovador la honda amargura
de un imposible anhelo...
Semeja el sol lumbrera agonizante

AMOR QUE LLORA

que va á caerse tras las altas cumbres
y ya no queda de su luz triunfante
más que un claror de moribundas lumbres.
Y por la senda do encamina el paso
semeja el pobre iluso un sol muriente.
que camina á su ocaso,
en un momento pleno de su vida,
pero sin luz en la marchita frente,
sin ilusiones en el alma herida.
Y en esta hora lánguida y premiosa,
llena de honda poesía
en que mana una gris melancolía
del alma de las cosas...
en esta muda hora, el visionario
desgrana una oración ígnea y ferviente,
que es místico rosario
de sus nobles fervores de creyente.
Santa oración vibrante
que estalla resonante
ante el yermo auditorio
de la Naturaleza desolada,
y va desde el sensorio
de la yerma y adusta perspectiva
á perderse en la nada,
entre las mallas del dolor cautiva.

*

«Señor de los humildes.
Tú que todo lo ves, torna tus ojos
hacia este peregrino
que te llama, de hinojos
sobre el árido y tétrico camino.
Destierra sus pesares,
señálale la estrella redentora
que le lleve en buen hora

JUAN LUIS CORDERO

bajo el techo bendito de sus lares.
¡Dios benigno y clemente!
ten piedad de sus íntimos dolores,
siembra su erial de flores,
haz sus odios amores
y pon fuego en la fragua de su mente.
Tú que todo lo puedes,
torna su triste otoño en primavera,
surja en sus labios la canción sagrada
del amor de la dulce compañera,
santa canción que al ensalzar la Amada
en un himno á tu ley divina y fuerte,
á esa ley bendecida
que hizo fecunda la materia inerte,
que hizo amable la vida,
que hizo digna la muerte...
¡Dios de bondad, protege al visionario,
destierra su amargura
y haz llegar el albor de la ventura
hasta el fondo letal de su sacrario.
Señor, yo creo en tí. Señor, ya es hora
de que una nueva aurora
nimbe los horizontes de mi cielo
y se bañen en luz consoladora
las supremas angustias de mi anhelo.
Creo en tí, Dios clemente.
Mírame ya de hinojos.

¡Abarca mi penuria con tus ojos!
¡Caiga tu bendición sobre mi frente!«

*

Concluyó la oración. Calló el poeta;
una franja violeta
en la extensión del horizonte había;
iban naciendo sombras espectrales

AMOR QUE LLORA

y un hálito glacial se estremecía
cabe los infinitos eriales,
Todo era soledad, silencio y calma
calma que daba al corazón espanto,
como si fuera el mundo un camposanto
donde se helara de terror el alma.
Tembló el iluso, por su frente yerta
resbaló un sudor frío,
y su mirada incierta
giró al azar con loco desvarío.

*

¿Fué un símbolo? Tal vez. Por el espacio
fatídica y rampante,
de cuervos una lúgubre bandada
se vió cruzar, graznando horripilante.
Del alma acongojada
del vate, salió un grito de agonía
que el eco repitió con ironía
y fué sonando, trémulo, distante...
En tan duro y amargo desconsuelo,
sobre el polvo humillado,
el pobre trovador quedó postrado
hasta juntar la cara con el suelo.
Y sollozante, tímido y doliente
decía:

«¡Dios clemente!
¡Mirame ya de hinojos,
¡abarca mi penuria con tus ojos,
¡caíga tu bendición sobre mi frente.

=====

Lo impenetrable

I

Tenía negro el pelo y era moza y morena,
llevaba falda verde y pañuelo de grana,
eran sus grandes ojos más negros que la pena
y su andar era nuncio de su estirpe gitana.

Era bella la tarde, iba yo paseando,
iba yo paseando sin otra compañía
que la triste nostalgia que mi ser va minando
con la saña implacable de una lenta agonía.

¿Te la digo, salao?—me dijo zalamera,
sonriendo con una sonrisa retrechera
y abarcándome todo con su intensa pupila,

mientras yo, seducido por su garbo gitano,
sin pronunciar palabra le alargaba la mano
para que ella empezara con su voz de sibila.

II

—Esta raya me dice q' eres mu enamorado
y que ducas mu grandes por ser así has sufrío
y que tienes tu probe corazón traspasao
por un queré mu jondo que tu calvario ha sío.

Y na más sé. Tu sino es un arca cerrá

AMOR QUE LLORA

y la yabo la tiene escondía un divé,
mis clisos no chanelan, yo no quiero engañá
á un payito que sabe lo que cuesta un queré.

—¡Muchas gracias! la dije con voz temblona y queda
y, lleno de emoción, le alargué una moneda
que rehusó con un gesto mientras que me decía:

—Soleá la gitana no recibe dinero
de nenguno que ame con queré verdaero,
porque sabe queré con el alma y la vía.

III

Y se fué la gitana. Yo seguí mi camino
abismado en profundos pensamientos extraños.
¡Oh, qué triste, ignorar lo que guarda el destino
en el denso misterio de los futuros años!

¡Amada, dulce Amada! ¿Serán nuestros amores
como esas hojas secas que arrastra el viento frío?
En tu jardin lozano ¿se secarán las flores
sin haber aspirado su aroma el amor mío?

Oh, Amada ¡quien lograra poder abrir el arca!
¡quién penetrar pudiera su malicia escondida!
¡Si será mi destino ser un nuevo Petrarca

que llore la infinita tristeza de su suerte
viendo en brazos de otro á la mujer querida,
sin tener valentía para darse la muerte!



II

VERSOS DE SOLEDAD

A Luis de Armiñán, lite-
rato admirable y admira-
ble hombre público. ✂ ✂

Crepúsculo

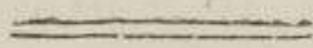
Tras la gris lontananza
va muriendo la tarde,
una tarde nostálgica
de infinitos pesares.

Tiene el ocaso un nimbo
de fulgor vacilante
y el alto cielo tiene
informes nubes grandes
que son monstruos parduzcos
del espacio impalpable.
Tiene el campo una mustia
vaguedad agobiante.
Tiene el ambiente un frío
que los nervios abate.
Tiene el aire una triste
canción inexpresable,
canción que dice al alma
desalientos mortales.
De las sombras crecientes
va el espacio poblándose.
La fantasía finge
siluetas espectrales
y surgen del cerebro
pensamientos cobardes.
La pequeñez se siente

VERSOS DE SOLEDAD

del vivir miserable.
Impotencias seniles
gravitan en la sangre.

—Trovador: Canta un trémolo
de armonías salvajes,
y dile el ansia trágica
de tu pecho indomable
á la tierra y al cielo,
á las sombras y al aire.

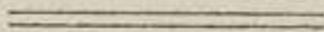


Mi destino

Estando un día dormido
surgió entre mi sueño un ángel
que me dijo: «Dios me manda
para que venga á ordenarte
que tu mutismo abandones
y de entre el polvo te alces.
Irás como un peregrino
de la religión del Arte.
Subirás á las montañas,
bajarás á las ciudades
y de todos los amores
has de libar en los cálices.
Llevarás la fe por hábito
en tu estéril vida errante,
que si la fe va contigo
serás fuerte y serás grande.»
Me alcé del sueño, animoso,
sentí arder mi joven sangre
y me lancé por el mundo
lleno de alientos laudables.
He vivido desde entonces
vida intensa y vida errante:
De tu amor fuí el Romeo,
Julieta mía adorable;
he destrozado mis nervios
en tensiones pasionales

VERSOS DE SOLEDAD

y de entre el cieno he salido
sin romperme ni mancharme.
Devoto de la Belleza,
donde quiera que la halle
he de doblar la rodilla
con devoción insaciable,
Tú eres bella y te idolatro,
blanca flor de mis eriales:
por eso escuchas el canto
del peregrino del Arte.



¡Canas!

Un desencanto muy grande
me dió esta tarde el espejo:
he visto que tengo canas
entre mis negros cabellos.
Y al mirarlas y al mirarme
he sentido un desconsuelo
que me ha puesto el alma triste
que me ha acongojado el pecho.

Estas canas son insomnios,
son los dolores secretos
de mis ansias juveniles,
de mis marchitos ensueños.
Flores son de mis fatigas
que van brotando y creciendo
como crecen en mi alma
los pesares y los duelos.
Son flores sin luz ni aroma,
son flores de un campo yermo
que hizo infecundo la nieve
de unos días cenicientos,
como si Dios fulminara
su maldición sobre ellos.

Pobres flores inodoras
de mis solitarios yermos:

VERSOS DE SOLEDAD

yo os regaré con mis lágrimas
ya que os abandona el cielo.

*

¡Dios mío, ya tengo canas,
ya voy siendo un pobre viejo
que camina, lentamente,
hacia su lánguido invierno!

=====

Ensoñando

He vagado esta noche por las calles desiertas,
por el recinto histórico de mi ciudad amada
y he visto á los reflejos de la luna esplendente
la carita de virgen de una princesa pálida.

Fué la musa radiante del ensueño bendito
que surgió vaporosa como surgen las hadas
evocada al conjuro de la fiebre de amores
del insomne poeta, trovador de sus ansias.

En la hora divina de la visión gloriosa
con alientos viriles se engrandeció mi alma.
¡Oh, las plácidas horas de las dulces quimeras!

¡Oh, divina princesa, realidad ó fantasma,
oye el eco armonioso de los nobles delirios
del trovador ingenuo que sus amores canta!

Nela

I

La conocí preciosa,
la conocí risueña:
era la más bonita
muchacha de la aldea;
fulguraba la vida
en sus pupilas negras
y el reír de sus labios
desterraba las penas.
Al verla tan dichosa
yo le decía: Nela,
¡Dios quiera que por siempre
te mires tan contenta!

II

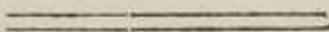
Pasaron cuatro años,
volví de nuevo á verla,
y ya no había risas
en su boca de fresa
ni la vida brillaba
en sus pupilas negras;
estaba triste y pálida,
con palidez de enferma,
y era un rosal tronchado

JUAN LUIS CORDERO

su talle de palmera...
Le pregunté anheloso
la causa de su pena
y me contó solícita
la amorosa tragedia.
Por amores fué débil,
por amores fué ingenua,
adoró con locura
á un mozo de su tierra,
le entregó cuerpo y alma,
por el cariño ciega,
y huyó el mozo dejando
manchada su inocencia.

III

Me lo ha dicho esta tarde
un hombre de la aldea:
hace ya cuatro días
que enterraron á Nela.
¡Flor que destruye el cierzo
fué su breve existencia!



Triptico

I

La hora romántica

Ha caído del alto campanario una hora;
la hora muda y grave del misterio, la una.
Sobre la calle muerta se derrama la luna
como lámpara triste que en el misterio llora.

En la calma bendita de la noche silente
hay un algo que al alma dice cosas de amores
y hay un surgir sedante de fragancia de flores
y una brisa suave que acaricia mi frente.

Yo sueño. Caballero de Orden excelsa soy.
Por un parque anchuroso de espesas frondas voy
caminando. Es el parque de un castillo feudal.

En lindo ajimez gótico regia beldad espera,
y en un arrobo místico, la silueta hechicera
presiente un bello canto de sabor medioeval.

II

Tú amas

Soy un doncel que marcha por jardines soñados,
un trovador romántico que se abisma en lo ido,

JUAN LUIS CORDERO

un espíritu errante que revuela perdido
en el dédalo inmenso de mundos encantados.

Soy ave peregrina. La escala transitoria
de mi vivir presente se acogió á estos murales
y he de tejer un ramo con mis versos triunfales
que sancionen mis sueños y eternicen mi gloria.

¡Oh, princesita pálida; de mi vibrante lira
te daré el canto trémulo que se queja y suspira
evocando la magia de tu dulce ilusión.

Y te diré una trova de celeste dulzura
cuyos sonos, en alas de aquesta brisa pura,
llegarán al recinto de tu altiva mansión.

III

¡Espera!

¡Virgencita, tú amas y el amado que adoras
es un algo impreciso que se agita en tu mente,
un fantasma divino que tu pecho presiente
y que más se te aleja conforme más lo imploras.

Ese ser, en tus sueños de virgen presentido,
es bello cual el ángel hermoso de tu guarda,
su acento no escuchado te acaricia el oído...
desvelada le esperas... te imaginas que tarda.

¡Virgencita, no llores que ya vendrá el Amado!
¡Vendrá! no te impacientes; la hora aún no ha sonado.
Llegará cariñoso deslumbrante y gentil,

y al mirar vuestros hondos y sublimes amores
elevantán un canto feliz los ruseñores
y os dará luz y aromas el encantado Abril.

Mal de amores

Al pasar por el sitio
donde Felipe araba
me sorprendí de ver
la yunta abandonada.

Me acometió de súbito
curiosidad extraña.
¿Donde estaría el mozo?
¿Donde el gañán estaba?

Y apresurando el paso
me acerqué á la besana.

Me lo encontré llorando
tendido en la hondonada
del claro regatuelo
que por el valle pasa.

Alarmóse de verme
y enjugando sus lágrimas,
entre amable y esquivo
me lanzó una mirada.

Mirada que tenía
una tristeza extraña.

JUAN LUIS CORDERO

Yo le dije: Felipe,
Felipe, ¿qué te pasa?
Confíame tus penas
cuéntame tu desgracia,
mi pecho no traiciona
á los que sufren y aman.

.....

Eran penas de amores
las que el mozo lloraba,
desdenes de la prenda
querida de su alma.
Le prodigué al saberlo
consuelos y esperanzas,
y le dije: No llores
por mujeres ingratas.
La que goza en las penas
del que fiel la idolatra,
sólo merece olvido;
aprende á despreciarla.

*

Eso le dije al mozo
y ya no me acordaba
del llanto que otros tiempos
vertí por igual causa.

Yo también sufrí un día
desvíos de una amada
y lloré sin consuelo
y pasé noches malas
y al mirar mi impotencia
tuve ahogos de rabia

VERSOS DE SOLEDAD

y me dieron ideas
de matarme y matarla.

.....

Las heridas de amores
sólo el tiempo las sana.
Cuando vienen los años
los delirios se marchan.

También las de Felipe
se quedaron en nada.



I n t i m a

Mujercita linda, princesita pálida
de tus manos-lirios la caricia cálida
con temblor de fiebre se posó en mi faz ..
Desmayarse he visto tus pupilas nubias,
derramarse he visto tus guedejas rubias
--sobre el lecho blanco—cual dorado haz...

Fué una noche triste, fué una noche fría...
noche en que pesaba sobre el alma mía
toda la tristeza de mi cruel vivir.
En vano quisiste mentirme ternura,
sólo conseguiste doblar mi amargura:
tú, cual yo, Leonora, no sabes mentir.

Resonaba fuera la juerga liviana,
resonaba una canturia gitana,
voces de borrachos, risas de mujer...
«Yo no quiero abrazos—te dije—Leonora,
yo no quiero besos, pobre pecadora,
yo no quiero espasmos de falso placer.»

Llegó hasta tu alma mi voz dolorida;
era tan sincera y era tan sentida,
había en sus ecos tan honda piedad,
que á mí te abrazaste, trémula y llorosa
«¿Qué pena te aflige?—me dijiste ansiosa—
¿Quién eres que ostentas dolor y bondad?»

VERSOS DE SOLEDAD

«Soy un pobre iluso, soy un peregrino
con el alma enferma. Te hallé en mi camino
y quiero á tus penas mis penas unir.
No te pido risas, no te pido excesos,
¡guarda para otros mortales tus besos
y dame el secreto de tu hondo sufrir!»

La frágil estatua de tu cuerpo aleve...
—mezcla incomprensible de fuego y de nieve—
tuvo un enigmático nervioso temblor...
Y fué tan extraña tu intensa mirada,
que en el negro abismo de mi alma cansada
se encendió la antorcha de un lejano amor.

Y te ví amorosa, sin doblez rendida,
y escuché la historia de tu triste vida...
historia de lágrimas... de abandono cruel...
Y ofició tu lecho de confesionario.
¡La voz de tus culpas cayó en el sagrario
silencioso y hondo de mi pecho fiel!

Pobre flor marchita que hallé en el sendero
árido y obscuro de mi éxodo austero,
en aquella noche de llanto y pesar.
La música dulce de tus frases cálidas,
la tiernas caricias de tus manos pálidas
fueron lenitivo para mi luchar...

En aquella noche de olvido sin calma...
Leonora, me diste tu cuerpo y tu alma...
gloria de delirios tejimos los dos...
Nuestro ayuntamiento no fué un sacrificio
rendido en el ara del grosero vicio,
sino santa ofrenda que subía á Dios.

JUAN LUIS CORDERO

Unas eran nuestras desdichas fatales
porque tú y yo somos en un todo iguales,
flores abatidas por el huracán,
pobres peregrinos que van caminando
por yermos eriales y riman llorando
todo el infortunio de su indemne afán.

Por eso, Leonora, templó mis martirios
la caricia sabia de tus manos-lirios
en aquella noche de oculto dolor;
por eso en el fondo de mi alma cansada,
al mirarte buena, linda y desgraciada,
se encendió la antorcha de un lejano amor.



Kásida

El incienso de mi alma
fué quemándose, quemándose...
Ardiendo fué entre las brasas
de tus negros ojos árabes.

Yo fuí el moro aguerrido
de un lejano aduar salvaje
que, en rauda alazán, un día
llegó sediento á tu oasis.
Surcado había del Sahara
las arenas crepitantes,
ansiendo izar la bandera
de mi brava tribu errante
sobre las torres altivas
de las modernas ciudades.
Del empuje de mi potro
y del filo de mi alfanje
sabían ya los *tuareg*
y los temidos *askaris*,
el plomo de mi espingarda
hizo blanco en cien combates
y flotó en todas las lides
el airón de mi turbante.

JUAN LUIS CORDERO

Faltaba mucho camino...
Allá en los campos distantes
flameaban las banderas
de las taifas imperiales.
La oración de los muezines
en los altos alminares,
no era la oración sagrada
de alto Dios de mis padres.
Quería yo, en las mezquitas,
ver mis pendones triunfantes,
haciendo esclavos humildes
de tiranos implacables.

—

Cuando, lleno de cansancio,
clavé mi tienda en tus lares,
fué por dormir á la sombra
de las palmeras gigantes
y curar mi decaimiento
con almibarados dátiles,
con agua de las cisternas,
y oxígeno puro y suave.
Pero te ví. Sometido
á tus hechizos fatales,
quedé al punto —¡escrito estaba—;
embebido en adorarte
me contemplaron cien soles,
envilecido y cobarde,
Enflaqueció mi caballo
sucumbieron mis leales,
quedó inútil mi espingarda,
dejó de brillar mi alfanje
y me contemplé sin fuerzas,
laxo, podrida la sangre.

VERSOS DE SOLEDAD

Siervo soy de tus caprichos,
juguete de tus desaires:
tú has convertido al león
en un gozque despreciable...
hasta la vida he dejado
entre tu seno enervante...

Desde su tumba, el profeta,
me maldice por infame.



III

TODA LA LIRA

A José Martín Guillén,
.....
alma grande en quien la
.....
bondad es un blasón. ❖ ❖
.....

Jueves Santo

Pereció el Dios Hombre
sucumbió el Dios Hijo,
clavado en el leño
por los hombres mismos
por los mismos hombres
que al morir bendijo.
Murió el Nazareno
puesto en el suplicio
como los infames,
cual los asesinos,
como los traidores.
como los bandidos.
El que fué Vidente,
el que fué Sencillo,
el que fué Profeta,
el que fué Divino,
el que fué Maestro,
el que fué Benigno,
el que amó á los pobres,
el que Amor predijo,
el que impuso al mundo
del amor el rito,
se vió maltratado,
se vió escarnecido,
clavado en el leño
por los hombres mismos;



TODA LA LIRA

por los mismos hombres
que al morir bendijo.

Razas: ¡La rodilla
doblada ante Cristo!



Arenga

Pasa la bandera
¡Arriba las almas y arriba los cuerpos,
que va España toda
hecha símbolo sacro en el lienzo!

¡Levanta, soldado,
arda en noble entusiasmo tu pecho,
que esa enseña es la enseña bendita
que ondeó victoriosa á los vientos
ó cubrió cual sudario glorioso
á tus bravos é invictos abuelos!
¡Levanta, soldado,
á vencer ó á morir combatiendo,
á luchar mientras haya en el mundo
quien profane el honor de ese lienzo!,
porque esa bandera
es España, ¡tu tierra y tu cielo!,
el lugar en que tú te criaste,
tu casa y tus deudos,
la cuna de tablas,
donde tú te dormías contento.
la madre amorosa
que de niño velaba tu sueño,
la novia morena
que te aguarda rezando y sufriendo,
tus hermanos, tu padre, los seres

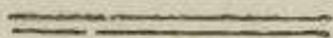
TODA LA LIRA

por quien sientes cariño y afecto,
el hogar que te daba su abrigo
en las frías veladas de invierno,
que te daba frescura en verano
—salud para el cuerpo.
pases para el alma,
goces para el pecho—,
el taller, la besana, el palacio.
la escuela y el templo,
todo lo que llora por tu brusca ausencia,
todo lo que aguarda tu feliz regreso,
todo lo que clama por tu vida noble,
todo lo que vive en el hispano suelo.
¡Sus, arriba, soldado, á las armas!
á vencer ó á morir como bueno,
que te observa Pelayo en su tumba,
que te mira la Europa en el puerto.
Lleva esa bandera
como Prim la llevó en Castillejos
y combate á su lado sin tregua,
mientras tengas un soplo de aliento,
¡mientras haya una gota de sangre
caliente en tu cuerpo!
¡Levanta, soldado,
para honrar á tus nobles abuelos,
á los rudos y bravos leones
que en Bailén animosos vencieron!
En la historia del siglo pasado
hay dos nombres brillantes y excelsos;
son dos planas del libro de oro
que unos héroes con sangre escribieron!
¡Zaragoza! se lee en la una,
¡Gerona la brava! se mira al reverso:
¡la sangre española
desbordándose en olas de fuego!

JUAN LUIS CORDERO

¡Sagunto y Numancia
al conjuro de Dios reviviendo!
Soldado, levanta,
zumbe el plomo, fulmine el acero;
traicionar tú no puedes el nombre,
tú no puedes hollar el recuerdo
de tan rudos leoninos soldados,
de tan altos y dignos guerreros.
¡Qué dicha la tuya
si volvieras triunfante á tu pueblo!
¡Felíz del que muere
peleando alrededor de ese lienzo!
¡Levanta, soldado!
¡la honra de España se arriesga en el duelo!
Vuelva esa bandera
hecha roto guiñapo sangriento
por el polvo y el humo y la sangre
del sañudo combate tremendo,
¡pero no la profanen extraños,
no la empuñen soldados ajenos!
Alzate, soldado, la Patria lo quiere:
¡A vengar el honor de tu pueblo!

Pasa la bandera...
¡Arriba las almas y arriba los cuerpos,
que va España toda
hecha símbolo sacro en el cielo!



Amor que mata

I

—Vete de mi lao;
vete ande mis ojos enjamás te vean
y á nadie le digas que yo t' he querío
¡que naide lo sepa!—

Así dijo estallando en rencores
la moza trigueña
y en el alma del mozo cayeron
como navajazos las frases aquellas.
Tembló el pobre muchacho, al oirlas,
de pies á cabeza,
y sintió desgarrársele el pecho
con ahogos de rabia y de pena.

—Mira lo que hablas,
mira lo que dices, por tu madre, Nela;
¡mira q' es más fáci destruí el mundo
que apagá este queré que me quema!—

Y Antonio gemía
y en sus rudas palabras ingenuas
había temblores de reto y de súplica,
vileza de esclavo y arranques de fiera.

—T' he dicho bastante,
q' hasta el verte m' aburre y me pesa.

JUAN LUIS CORDERO

¡Vete ya de mi lao pa siempre
y á mirarme á la cara no güervas!—

Y había en el gesto
de la hermosa Nela
una calma terrible y mordente
que helaba de Antonio la sangre en las venas.
Quiso el pobre muchacho de nuevo
suplicar con angustia suprema,
mas volvióle implacable la espalda
la moza trigueña,
escupiendo al huir esta frase:
—Hasta el verte me cansa y me pesa—.

II

En el pobre camastro de tablas,
entre sombras oscuras y densas,
mordiendo nervioso la manta de trapo,
revolcándose loco de pena,
conteniendo los roncros hervores
que en su pecho estallaban con fuerza
y abrasándose en lágrimas igneas
que brotaban copiosas y lentas,
pasó el pobre Antonio
las horas letales de la noche aquélla.
Añoraba en su loco delirio
las palabras duras de la ingrata Nela
que al matar la esperanza en su pecho
mataban los sueños de su vida entera,
traspasando cual hierro encendido
su carne de paria, curtida y proterva.
Era el macho broncíneo y salvaje
nacido en la sierra,

TODA LA LIRA

que rugía cual rugen los tigres
al mirar la esquivez de la hembra.

Y en las horas sin luz del insomnio,
entre sombras oscuras y densas,
sobre el pobre camastro de tablas
se fraguó la sensible tragedia.

III

Al día siguiente,
cuando el alba nimbaba la sierra
ya vagaba Antonio por los olivares
de la parda y abrupta ladera.
Y en aquella mañana de Junio,
calmosa y perversa,
había unas manchas rojas en el cielo
semejando una palma sangrienta.

Al pie de una viña,
entre cinco álamos de copas espesas,
brota entre verdores la rústica fuente
que forma un regato que nunca se seca
y riega y fecunda los ricos bancales
de unos huertos que el valle atraviesan.

A tiro de bala
se mira la aldea
y se ve desde allí el santuario
de la virgen que el pueblo venera,
blanqueando como una paloma
entre los alcores de la parda cresta...

Antonio sabía,
porque fué muchas veces con ella,

JUAN LUIS CORDERO

que iba Nela á por agua á la fuente
antes de que Febo bañara la tierra.
Y á la fuente se fué y escondióse
tras la tosca pared de una cerca,
mascullando no sé qué palabras
misteriosas, concisas y téticas.

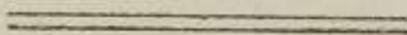
Y seguían flotando en el cénit,
cual mudos emblemas,
unas manchas rojas,
semejando una palma sangrienta.

IV

Cuando el sol asomó por oriente
llenando de luces la campiña bella,
había un cadáver al pie de la orilla
del regato que el valle atraviesa.

.

Y aquella mañana,
cuando el sol se elevó de la sierra,
así hablaba Antonio
declarando ante el juez de la aldea:
—Señó juez, he matao á mi novia.
Mande usté q' al instante me prendan.
La maté porque no me quería
y yo no podía pasarme sin ella.
¡Al pie de la fuente de los cinco álamos
la he dejao muerta!



Soledad

En una butaca hundido
está el viejo sibarita
y al verlo tan abatido
creyerásele dormido
cuando tan sólo medita.

Hay en la estancia lujosa
un hondo silencio inerte,
una soledad medrosa;
¡parece tumba ostentosa
vigilada por la muerte!

No hay más ruido que el premioso
tic-tac de un reló inmutable
que entona un canto alevoso,
como lo eterno, grandioso,
como el destino, implacable.

No hay más luz que la concisa
de un foco en colores vario,
trémula luz indecisa
que vagamente precisa
el lujoso mobiliario.

Es noche otoñal. Y fuera
hay sombras aterradoras;

JUAN LUIS CORDERO

adusta noche severa,
noche sin luna, en la esfera
ruedan, silentes, las horas.

Noche de interna amargura
y de congojas letales,
noche de insomnio y locura...
¡Oh, la infinita tristura
de estas noches otoñales!

¡Ay del ser que ve perdida
en estas noches su calma!
¡Ay del que lleva una herida
enconada y escondida
entre los pliegues del alma!

Poco á poco, lentamente
vase irguiendo el sibarita,
y hay en su pálida frente
un mudo gesto elocuente
que á la compasión invita.

—Nombre, honores y dinero
tengo—exclama acongojado—.
Pero... ¿para qué los quiero
si en un goce pasajero
la vida entera he gastado?

¡Nombre, rótulo mezquino
con que se distingue el hombre,
de la vida en el camino;
nombre, resorte divino!...
¿Para qué quiero yo el nombre?

¡Honores, delirio loco
de sueños engañadores

AMOR QUE LLORA

cuyas consecuencias toco!
¡Honores! ¡valen tan poco!
¿Para qué quiero yo honores?

¡Riquezas, eso que ansía
para conquistar placeres
la turba que desvaría!
¡tú las tienes, alma mía!
Pero... ¿para qué las quieres?

¡Para qué quiero yo nada
si en mi tristeza profunda
el alma yace atrofiada!...
¡Alma sin fe, que anonada
la soledad infecunda!

Y quiere alzarse; el vacío
del solitario aposento
le deja extático y frío
y flota en redor, sombrío,
algo lúgubre y cruento.

¡Pobre anciano! desgraciada
ave que mira su nido
sin compañera abnegada...
que ve su vida gastada,
¡que no tiene un ser querido!

¡Nadie, nadie cuando muera
irá á dejar en su tumba
una lágrima siquiera!
¡Nadie con pena sincera
rezará cuando sucumba!

Y el anciano sibarita,
en tal hora, al cielo clama

JUAN LUIS CORDERO

con expresión infinita,
y en su amarga y negra cuita,
con ronco acento, así exclama:

—¡Morir, morir sin dejar
ni un ser adorado aquí!
¡Nadie que al agonizar
me pueda un consuelo dar!...
¡Qué triste acabar así!—

Y tal amargura imprime
á sus frases el anciano,
que aún más su pecho se oprimo,
mientras sollozante gime
y se desespera en vanc.

En tanto un silencio inerte
hay en la estancia aterida...
¡Oh! Parece que se advierte
que está rondando la muerte
á un hombre enterrado en vida.

Noche de difuntos

Doblan las campanas...
Sus roncós tañidos
me parecen viejas canciones lejanas
que envuelven recuerdos de los años idos.

Corazón doliente:
Alza á Dios tu ritmo, tu ritmo ferviente,
la fe de tu infancia te inunde esta hora.
Pobre visionario, levanta la frente,
no ocultes tu llanto, Dios oye al que llora.

¡Madre de mi alma!
tu recuerdo santo
viene á mi memoria cual visión de calma,
por eso se llenan mis ojos de llanto.

Noches bendecidas,
noches bendecidas de mi edad dorada
en que había tenues luces encendidas...
por las santas manos de mi madre amada.

Luces amorosas
de estos lares míos que hoy contemplo yertos.
¡Luces que encendieron las manos piadosas
de mi santa madre, por mis pobres muertos!

JUAN LUIS CORDERO

Luces de mis lares...
¡ya no está en el mundo la que os encendía!
¡ya no ardéis cual dulces sombras tutelares!...
¡ya murió mi madre! ¡pobre madre mía!

Desde que te fuiste, madre idolatrada,
no hay paz en mi pecho...
Ya no queda nada,
¡ya sólo hay penumbras en tu hogar deshecho!

Aquellas sublimes, breves oraciones,
y aquella fe tuya... ya las he perdido...
Murieron, se ahogaron entre las pasiones
que me han dominado, que me han abatido.

Ya sólo me queda tu recuerdo santo,
que es luz protectora, sedante y querida,
que es faro que alumbra con fulgor de encanto
las ondas revueltas del mar de mi vida.

Campana jocunda de sonos dispersos...
suba hasta la gloria tu canción vibrante
y á la madre mía llévale estos versos
como ofrenda humilde de mi amor gigante.

Llévale estos versos del hijo adorado
—versos de dolores y melancolías—,
¡estos pobres versos que se han empapado
con lágrimas mías!

Dila que en mi alcoba se están consumiendo
cuatro luces tenues que rezan ardiendo,
cuatro lamparillas
que encendió mi mano con afán prolijo;
dila que por ella vela de rodillas,
esta triste noche, su adorado hijo.

Mujer-Alma

El manto protector de tus amores
tendiste á mis heridas enconadas
y vendaron tus manos adoradas
el boquete mortal de mis dolores.

¡Oh, redentora mía, no me llores;
no prodigues tus lágrimas sagradas,
que al ser por tí mis penas consagradas,
mi calvario será senda de flores.

Tanto y tanto has crecido ante mis ojos,
que sólo puedo ante tus pies de hinojos
el eco levantar de mi delirio.

Si antes fuiste la musa que enajena,
hoy eres mucho más; ¡eres tan buena,
que has hecho soportable mi martirio!

A la de toda la vida

En su cumpleaños.

¡Un año más! Otra hoja
del libro fiel de tu vida;
otra flor que se deshoja
de tu rosal desprendida.

Otra ilusión que se aleja
donde la mente no alcanza;
otro resquicio que deja
marchitarse á otra esperanza...

Otra flor pura y hermosa,
de casto perfume sano,
que cae al suelo marchita,

como aquella fresca rosa
que deshojaba tu mano
en nuestra postrera cita.

*

Así las hojas cayeron
del árbol de mis pasiones;
así de mi alma se fueron
esperanzas é ilusiones...

TODA LA LIRA

Tu mano amada y aleve
me las arrancó una á una,
y aunque era tu esfuerzo leve,
no me ha quedado ninguna.

No te culpo. Del destino
fué mandato inexorable,
que sufriera por quererte...

Y si te hallé en mi camino
no quiero hacerte culpable
de las culpas de mi suerte.

*

Yo ya no soy el poeta
que entonaba madrigales
con la inexperiencia inquieta
de los sacros ideales.

Yo ya sé que las mujeres
sóis como las mariposas,
sóis unos volubles seres,
unas muñecas hermosas...

Que tras muchos desengaños
logré muy otro volverme
por la fuerza del dolor,

y he vuelto á tí á los dos años
porque supiste vencerme
en esta lucha de amor.

*

Has de saber que hubo un día
en que naufragué entre el cieno

JUAN LUIS CORDERO

y en que en mí se consumía
todo lo santo y lo bueno.

Gasté mi sangre á raudales
en brazos de otras mujeres
y en impuras bacanales
ahogué sagrados deberes.

No fuí malo. Yo buscaba
una venda que cubriera
las heridas que tú abriste.

Y si entre cieno me ahogaba,
no es porque de cieno fuera:
¡yo fuí como tú me hiciste!

*

Mas aunque fuí pecador
jamás me vi envilecido:
el conjuro del amor
del cieno me ha redimido.

Y más pujante me siento
al cabo de la derrota
y en mi baluarte, al viento,
mi bandera altiva flota.

Y juro al Dios de mis lares
que he de vencer al destino
en esta vida que empieza...

¡Sus!, mis genios tutelares.
¡Guiadme por el camino
de la suprema grandeza!

*

TODA LA LIRA

Sereno ya el pecho bravo
sabr  mostrarse cual es
y con humildad de esclavo
ir    rendirse   tus pies.

Pero no con dolo artero
trates   mi corazón,
que si al halago es cordero,
al latigazo es león.

Y no con gozo inhumano
lo que con la rosa aquélla
hagas con los corazones.

No deshojes con tu mano
la rosa pulida y bella
de mis nuevas ilusiones

*

Y no te extra ne que ahora.
en lugar de madrigales,
te cante mi arpa sonora
rudas estrofas leales.

Yo te brindo en este día
lo que mi anhelo dictó:
flores son del alma mía,
puesto que las siento yo.

Y   ti van cual las concibe
de gala y arte desnudas,
sin atavíos extraños...

Va en mis versos lo que vivo...
  Aprende estas coplas rudas
que escribo en tu cumpleaños!

La hembra del paria

Caía el sol á plomo
sobre el rastrojo seco,
un sol que parecía
el sol de los desiertos...
Tan sólo las chicharras
con su isócrono acento
la quietud alteraban
del cálido sesteo.
Por el camino ancho
seguido y polvoriento
avanzaba al galope
de mi potro ligero.
Llevaba la impaciencia
de los grandes anhelos,
el amor de la novia
me aguardaba en el pueblo.
Ni un árbol se veía
de cerca ni de lejos;
iba yo sudoroso,
fatigado y sediento.
Llegué á la fuente clara
que hay entre juncos frescos
y templé mis ardores
en el líquido terso...

Había unas mujeres
al pie del regatuelo,

TODA LA LIRA

pobres espigadoras
de semblante moreno
que al clarear el día
de la villa salieron
sin temer al bochorno
del verano extremeño.
Descansaban las pobres
sobre el ribazo yermo,
bajo el hálito ardiente
de aquel soplo de fuego.

Me llené de tristeza
ante el cuadro paupérrimo.
¡Pobrecitas mujeres
las hembras del bracero!
Y seguí mi camino
en mi potro corriendo:
me esperaba el cariño
de la musa del pueblo.

La vuelta del guerrero

I

Esta noche he soñado que era yo un caballero que ganó en cien batallas cien castillos al moro y regresaba al frente de un escuadrón guerrero sobre un corcel cubierto de jaeces de oro.

Al paso de mi hueste iba tras de mis huellas el pueblo que frenético de gozo me aplaudía y desde los balcones las cándidas doncellas nos arrojaban flores que el céfiro esparcía.

Un heraldo vestido de rojo terciopelo nos iba precediendo por mandato del rey. Y yo, en tanto, buscaba con indecible anhelo,

entre las oleadas de la revuelta grey,
tu rostro de sultana que era mi solo cielo
y tus ojos de abismo que eran mi única ley.

II

¡Gloria al héroe! doquiera con júbilo gritaban y atambores y címbalos y clarines se oían y mis ávidos ojos, porque no te encontraban, detrás de la visera llanto acerbo vertían.

TODA LA LIRA

Ante el rey que aguardaba bajo el palio de plata
que cubre el trono regio de la heroica Castilla
llegué con mis leales, subí la escalinata
y con noble arrogancia posterné una rodilla.

Pero el rey en sus brazos me otorgó noble abrigo
y en alta voz me dijo: «Levanta, noble amigo;
¡la gloria de tu nombre exceder no hay quien pueda!»

Pídeme de mi reino la parte más preciada,
pídeme de mis hijas la más bella y amada:
¡nada habrá que, gozoso, tu rey no te conceda!»

III

«Señor, no quiero nada de tus reinos preciados,
ni anhelo de tus hijas la más hermosa y buena,
que tengo el alma presa en los ojos amados
de una gentil villana campesina y morena.

Por premio á mis hazañas te pido solamente
que al punto á todas partes se lancen á buscarla,
pues mi pecho la adora con hondo afán ardiente
y no estaré tranquilo mientras no logre hallarla.

Teniéndola, me basta un rincón escondido,
una casita blanca y un huerto florecido
donde resuene el timbre de su voz adorada.

¡Si la pierdo, de nuevo me lanzaré al combate,
seré como la tromba que destroza y abate
y moriré abrazado á la cruz de mi espada!»



OBRAS DE JUAN LUIS CORDERO

Publicadas:

<i>Varias poesías</i>	<i>Poesías (agotada).</i>
<i>Mi torre de Babel.</i>	<i>Idem.</i>
<i>Almas</i>	<i>Novela (agotada).</i>
<i>Eróticas</i>	<i>Poesías (idem).</i>
<i>La Duda.</i>	<i>Novela.</i>
<i>Vida y ensueño.</i>	<i>Poesías.</i>

En preparación:

<i>Geórgicas</i>	<i>Poesías.</i>
<i>De la vida y del ensueño . . .</i>	<i>Crónicas.</i>
<i>Antonia</i>	<i>Novela.</i>
<i>Éxodo</i>	<i>2.^a parte de La Duda.</i>
<i>Las dos sendas</i>	<i>Comedia en colaborac</i>
<i>Luciano</i>	<i>Cuento escénico.</i>

